

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL PARTIDO POPULAR Y PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA REUNIÓN DE LA INTERNACIONAL DEMÓCRATA DE CENTRO (IDC)

México, 21 de noviembre de 2001

Querido Presidente Fox, queridas y queridos amigos,

Yo creo que todos ustedes, todos vosotros y yo podremos estar, al menos, de acuerdo en dos cosas en este momento: la primera es que llevamos escuchados esta tarde muchos discursos, la segunda es que los discursos han sido buenos. Si estamos de acuerdo en eso, yo voy a intentar, por mi parte, hacer que lo corto procure también ser bueno y, por lo tanto, hacer un discurso corto, que creo sinceramente que es lo mejor que puedo hacer en este momento y que es lo que más puede contribuir también a la claridad de los discursos, como hemos escuchado.

Yo quiero agradecer la confianza que todos los partidos de la Internacional Demócrata Cristiana, de la Internacional Demócrata de Centro, me han manifestado eligiéndome como su Presidente.

Recientemente había alguien que me preguntaba: "José María, ¿a ti es que el Gobierno de España te da poco trabajo o qué pasa? ¿Por qué tienes ganas de meterte en más líos?". Sí es verdad que decía esta mañana que me gusta mi trabajo y me gusta trabajar; pero, sobre todo, lo que quiero decir es que me

parece que éste es un momento fundamental en la historia del mundo, fundamental en la historia política del mundo, y, sin duda, fundamental para lo que puede ser una definición muy clara hacia un mundo mejor, un mundo con unas reglas más claras, un mundo más democrático, más participativo, más humano, en definitiva. Y que nosotros tenemos la obligación de contribuir a ello en la medida de nuestras posibilidades, si es posible, desde un Gobierno dirigiendo la nación; y, si es posible, desde una organización como ésta, también. Pero nadie en este momento tiene derecho a estar un paso atrás, sino que todo el mundo tenemos la obligación y el deber de procurar estar unos cuantos pasos adelante.

Yo creo que hay tres preguntas básicas que contestarse en estos momentos que, sin duda, son momentos cruciales: una es saber si estamos seguros de dónde venimos, otra es decir claramente qué es lo que queremos y la última es decir contestar qué estamos dispuestos a hacer para conseguir nuestros objetivos.

Esta Internacional, la Internacional Demócrata Cristiana, tiene detrás de sí una historia importante, una historia brillante, una historia que se ha curtido con éxitos y con fracasos; pero que siempre ha tenido los valores de las libertades, de la democracia, como elementos fundamentales y que siempre ha tenido el norte de ayudar a aquellos que más lo necesitaban, bien desde un punto de vista político, bien desde un punto de vista estrictamente personal o individual.

Esa historia, que es una historia que todos hacemos nuestra, tenemos que manifestarla, tenemos que sentirnos orgullosos de ella, legítimamente orgullosos de ella porque, además, los vientos de la historia han dado la razón a los que hemos defendido durante muchos años las posiciones que, al final, se han visto políticamente reflejadas en esta Internacional. Si el viento de la historia y la historia misma nos han dado la razón, no hay ninguna razón, a su vez, para que dejemos interpretar a otros lo que la historia ha dicho que era legítimamente, en gran medida, conseguido por la acción de los partidos populares o los partidos demócrata-cristianos.

En consecuencia, tenemos que saber muy bien mantener esa legitimidad de origen que nos permite contestar a la segunda pregunta: qué es lo que queremos hacer y qué estamos dispuestos a hacer.

Yo decía esta mañana, en la reunión que celebrábamos en la sede del Partido de Acción Nacional, en la sede del PAN, que no podemos dedicarnos a la melancolía; que, si damos un paso adelante, es porque hay muchas cosas que hacer. Yo, por lo tanto, quiero una organización muy sencilla pero, al mismo tiempo, muy eficaz. ¿Para hacer qué? Para influir, para definir, para tomar iniciativas, para saber qué es lo que se puede decir, qué es lo que se tiene o se puede hacer, cómo podemos aunar esfuerzos en defensa de nuestras ideas, cuáles deben ser nuestras actitudes ante los problemas del mundo de hoy, ante las necesidades del mundo de hoy, ante lo que quieren nuestras sociedades y quieren nuestros ciudadanos.

No vamos, por lo tanto, a fundar un jardín melancólico, no vamos a crear una asociación de combatientes de la Guerra Fría, ni tampoco vamos a crear, por utilizar un símil cinematográfico, ningún club de los poetas muertos; vamos a revitalizar una organización con una gran historia, que tiene y debe decir mucho en lo que es la vida política internacional al comienzo del siglo XXI.

Pues bien, esa historia y esos fundamentos nos sirven, como recordaba esta mañana, para decir que estos tiempos son también tiempos de principios, de convicciones y de valores. Y, sin duda, los nuestros los debemos revisar, los debemos renovar, los debemos de adaptar a los problemas del presente; que no son los del mundo de hace quince años, ni los de hace veinte años, ni mucho menos veinticinco o treinta, que sí son los problemas para los que nos exigen respuesta nuestros ciudadanos.

Nosotros tenemos que tener esa ambición de influencia y una ambición legítima de Gobierno. No estamos sólo en la política para dar ideas o para dar

testimonios; estamos en política para cambiar las cosas, para mejorarlas, y eso se hace forjando mayorías, tomando iniciativas y, en la medida de lo posible, ayudando a estar en el Gobierno a aquellos que no están en los Gobiernos.

Por eso es muy importante que este acto se celebre coincidiendo, al menos, con dos cosas: una, los cuarenta años de fundación de la Internacional Demócrata Cristiana y en ese cuarenta aniversario hemos tomado la decisión de refundar nuestra organización el primer año de este nuevo siglo; la segunda es que se haga aquí, en México, en donde se ha producido un cambio histórico, un cambio fundamental y un cambio del que quiero decir que deseamos todo el éxito que merecen el pueblo y la nación mexicanos, y en el que queremos rendir claramente homenaje a todos aquellos que durante tantos años han luchado porque ese cambio se produjera para bien de la sociedad mexicana, y lo han conseguido. Y ahora tienen que tener la solidaridad y la comprensión de todos.

No creemos ni estamos para defender cualquier cosa. Vamos a seguir defendiendo la libertad, vamos a seguir defendiendo las sociedades plurales, abiertas y democráticas, y vamos a manifestar claramente que somos capaces y estamos decididos a defender esas sociedades cuando sea necesario.

Hoy aquí, en estos discursos, se ha hablado, entre otras cosas, de dos fundamentales: una, en qué manera nos afecta y cómo podemos afrontar todas las cuestiones relativas a eso que llamamos globalización o mundialización, y en qué medida eso se ve amenazado, desde el punto de vista de la seguridad, por el terrorismo.

Yo quiero decir que no nos debemos enfrentar a ninguno de los problemas mirando atrás. No hay recetas del pasado que sirvan para resolver los problemas del presente. Es el análisis sosegado y serio del presente el que nos debe dar las respuestas sin tópicos, sin prejuicios; pero, al mismo tiempo, con la decisión y con la claridad de personas que saben lo que quieren y saben lo que deben hacer.

Nuestro objetivo sigue siendo tener más libertad, más democracia en todas partes, más respeto a la dignidad, más responsabilidad individual y más solidaridad. Y nuestra obligación es saber cómo podemos contribuir a eso, cómo podemos afrontar los problemas y resolverlos.

Pues bien, tenemos muchas cosas que afrontar, ya lo decía. Y ahí hablamos de las cuestiones relativas al mundo global o a la situación económica actual. ¿Qué tenemos que decir ante eso? ¿Eso es positivo, es negativo, tiene sus partes buenas, tiene sus partes malas? ¿Acaso es que hay algunos que piensan que vivimos hoy la primera globalización del mundo? ¿Es que acaso la incorporación de América al mundo occidental, que es el mundo del que forma parte América, no fue una globalización? ¿O es que la revolución industrial o la máquina de vapor no fue otra globalización? ¿O es que la revolución industrial o la máquina de vapor no fueron otra globalización? ¿O es que en los cambios fundamentales que se están produciendo en este momento no estamos viviendo una nueva globalización?

¿Eso qué significa: más o menos oportunidades? Yo quiero decir lo que pienso: para mí significa más oportunidades, para mí significa que lo peor que puede ocurrir en el futuro inmediato es que eso se trunque, es que eso se paralice.

Hay veces que escucho discursos que hablan de que son mejores las posiciones aislacionistas, o las intervencionistas, o las proteccionistas; que es mejor que la inversión no llegue a los países o que los países no puedan comerciar. Pues yo digo que es una equivocación; que cuanto más apertura, menos intervencionismo, más comercio, más movilidad y habrá más posibilidades de desarrollo para todos los países, y especialmente para los países de los que nos tenemos que preocupar de ellos, que están menos desarrollados.

No hay que tener miedo a la apertura al exterior, ni al cambio, ni a la adaptación de nuestras economías para el futuro. Por eso nosotros nos definimos como Demócratas de Centro, porque somos reformistas, porque queremos los cambios, porque sabemos que dar oportunidades a las sociedades, dar trabajo, dar empleo,

hacer reformas, son los elementos básicos de las sociedades modernas y que las sociedades aisladas, intervenidas, basadas en el proteccionismo o en el miedo al futuro son las sociedades que pierden definitivamente el tren de las oportunidades y el tren de la historia.

No tengamos miedo a eso. Porque haya dificultades en este momento, no volvamos a viejas políticas que han causado muchas penalidades, a las políticas populistas, a las políticas del endeudamiento, a las políticas del desempleo, las políticas del déficit, que son las grandes responsables de la pobreza y de la miseria en muchas partes del mundo.

Apostemos claramente por la libertad, que es la que da prosperidad. Apostemos por todas aquellas cuestiones que, desde la estabilidad, desde el desarrollo de las economías de mercado, desde el saneamiento presupuestario, desde la apertura comercial, son la base de la prosperidad, de los países prósperos y de los países libres.

¿O es que alguien puede plantear un solo ejemplo de un país próspero y de un país libre basado en otros principios que no sean los que yo acabo de decir? No hay ningún ejemplo en el mundo y son justamente estas cosas las que tenemos que hacer y empujar sin la más mínima reserva.

Yo puedo entender que en los países desarrollados y ricos europeos se defiendan algunos discursos proteccionistas, que yo no comparto, por una razón: porque tienen miedo al futuro y porque quieren conservar su desarrollo. Pero lo que no entiendo es que en países que tienen que tener la ambición del desarrollo se defiendan discursos proteccionistas o aislacionistas, que es exactamente lo contrario de los intereses que deben defender para hacer prosperar a sus pueblos y a sus ciudadanos. Eso no tiene ningún sentido.

¿Es que no se debe oír con claridad nuestra voz de que se escuchan muchos tópicos en orden a estas cuestiones, que realmente son cuestiones fundamentales,

por una especie de mandarines, que nadie ha elegido, de lo políticamente correcto, que no son otra cosa que heraldos de lo políticamente equivocado cada vez que tienen la oportunidad de hablar? Yo quiero que se oiga nuestra voz con claridad y que digamos las cosas que pensamos con toda determinación. Naturalmente, no quiere decir que tengamos que estar de acuerdo en todo. En unas cosas, sí; en otras cosas, no; pero que marquemos bien claramente una orientación de influencia muy clara hacia el futuro.

Tenemos que saber, además, que tenemos que hacer apuestas muy importantes en relación con la educación como base del progreso, de oportunidades, de capacitación, de conocimiento, de valores; en relación con no aceptar ningún tipo de discriminación, ni por raza, ni por sexo, ni por religión, ni por educación; en defender una acción cultural y una cultura abierta al mundo, pero el ser conscientes de nuestras convicciones.

¿Qué quiere decir eso, como yo recordaba esta mañana, de que ser tolerante significa no creer en nada? ¿Qué significa eso de que ser de centro significa no creer en nadie? ¿Qué significa eso de que unas sociedades, las nuestras, en las que vivimos nosotros, las democracias, tenemos todo tipo de obligaciones, mientras que otras sociedades no tienen ninguna obligación? No, nosotros tenemos que partir desde nuestra convicción y por eso haremos muy bien en poner al día todo lo que significa ese haz, todo ese legado, de grandes principios, de grandes valores, de grandes ideas, que nos ha legado la historia reciente y que nos ha legado esta organización. Ésa será la base de las actitudes modernas, abiertas y tolerantes.

Si tenemos que defender nuestras sociedades democráticas, abiertas y plurales es porque seremos capaces de creer en ellas y, si no, no seremos capaces de defenderlas en ningún caso. Se defiende lo que uno cree, no aquello que a uno no le importa o no cree.

Y hoy tenemos una defensa muy importante, porque hoy la sociedad civilizada está puesta en riesgo por razón del terror. Ahí hay que hablar con toda claridad y decir que ni la libertad, ni la democracia, ni la civilización, ni el Estado de Derecho, pueden transigir nunca con el terror, nunca; ni puede haber diferencia entre terrorismos, ni hay diferencia entre terroristas; ni el terrorismo es problema de unos, porque ahora es problema de todos; ni existirán ya países capaces de comprar fácilmente su seguridad sobre la base de que otros soportaban las amenazas.

Ése es uno de los cambios fundamentales que estamos viviendo. Y o partimos de la convicción de nuestros valores democráticos en nuestra sociedad o no los defenderemos. Pero aquél que tenga la tentación de transigir, de legitimar, de apoyar, de encubrir o de apostar por el terror, por el crimen o por la violencia no debe estar nunca a nuestro lado y debe ser siempre denunciado por nosotros, que somos los que tenemos que defender esas libertades y esa sociedad democrática. Y tenemos que hacerlo fortaleciendo nuestra democracia, fortaleciendo nuestras instituciones.

Como se decía antes, y decía muy bien Ricardo, este mundo global no es incompatible con saber que hoy el fortalecimiento de nuestros Estados y su agrupación en entidades supranacionales es la regla de oro del futuro inmediato. Y tenemos que fortalecer nuestros Estados, mejorar nuestra Justicia, nuestra representación, nuestros elementos de integración regional o supranacional, y eso nos dará más seguridad, más estabilidad y más prosperidad.

Debemos fortalecer también nuestros valores sociales en torno a las relaciones personales, en torno a la familia como núcleo de la sociedad. Tenemos que hacer esfuerzos para plantear políticas activas que permitan incorporarse masivamente y dignamente a la mujer al trabajo; y defender la conciliación de la vida laboral y de la vida familiar; y denunciar cualquier tipo de violencia doméstica; y practicar políticas de oportunidades para la mujer; y exigir respeto a su dignidad en todas

las sociedades. Que esa igualdad de derechos sea una de las banderas más importantes de nuestra renovada Internacional para el futuro inmediato.

Tenemos que apoyar los procesos de integración y los organismos multilaterales e internacionales de cooperación, que son un dato importante de la estabilidad y de la seguridad para nuestro futuro. Y, naturalmente, tenemos que cuidar la legitimación permanente, representativa, con nuestros ciudadanos, de nuestras sociedades y de nuestra democracia.

Tenemos muchas razones para poder trabajar en los próximos tiempos con decisión, con dedicación y con esperanza; pero, sobre todo, tenemos que tener entre nosotros una gran ambición: no hay ninguna razón --digo "ninguna"-- para que nadie de los que estamos aquí tenga frente a ninguna otra idea política o ninguna organización política el más mínimo complejo, la más mínima reserva; ninguna razón. Hay muchas razones, si me permiten, para que podamos ir con la cabeza bastante alta, no dando lecciones a nadie, pero diciendo a veces, en algunos casos: amigos, lecciones, las justas. Sobre todo, tenemos una oportunidad y es la oportunidad de ser ambiciosos.

Yo quiero que esta organización sea una organización ambiciosa, con ganas de hacer cosas, con vocación de mayoría, con vocación de triunfo, con vocación de iniciativa, con vocación de influencia, con vocación de Gobierno y con vocación de decir que las cosas pueden y deben mejorar en el mundo. Y aquí hay un grupo formidable de mujeres y de hombres que estamos dispuestos a hacerlo.

A mí me alegra mucho que sea precisamente en esta gran nación mexicana donde nazca este gran mensaje de futuro, de renovación y de ambición para todos nosotros.

Muchas gracias a todos.